



1942-2015

ÓSCAR COLLAZOS

retrato intermitente

FOTOGRAFÍA CARLOS DUQUE



GUIDO TAMAYO

I

Conocí a Óscar Collazos una tarde del verano de 1981, en su apartamento de la calle Mañé y Flaquer de la ciudad de Barcelona. Me lo presentó otro escritor de su generación —también malogrado prematuramente—, Hugo Ruiz, que pasaba una breve temporada en esa ciudad y que venía huyendo del dolor de un amor contrariado en las escaleras de la Sorbona.

Había leído a Óscar desde el bachillerato y recordaba con entusiasmo sus cuentos de *El verano también moja las espaldas* y *Son de máquina*, pero también me acompañaban otras dos imágenes: su estancia en La Habana como director del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas y cierto prestigio de mujeriego militante.

Esa tarde el verano también mojaba las espaldas y Óscar apaciguaba una resaca contraída la noche anterior acompañado, según narró, por el escritor chileno Mauricio Wacquéz y otros nombres que yo no reconocía aún, pero que con el tiempo fui identificando como escritores y artistas de la bohemia catalana de esos años.

Fue una tarde tranquila y ocupada principalmente por los recuerdos compartidos entre compañeros de generación y yo me dediqué a escuchar y mirar. El apartamento de Collazos no era muy amplio pero gozaba de un muy buen diseño y distribución que lo hacían parecer más espacioso de lo que en realidad era. Me sorprendió el orden, como si a pesar del guayabo se hubiera dispuesto temprano y sin falta a organizar el desorden. Lucía impecable, y después yo descubriría que para Óscar el orden era un imperativo matutino imprescindible antes de empezar a comerciar con el mundo. Las paredes que no tenían libros tenían pinturas y fotos suyas o en compañía de algunos escritores reconocibles. A Óscar le gustaba presumir de sus pinturas, de sus fotos en algunos lugares del mundo y de ciertas amistades. Como todo un “caballero”, jamás presumió de sus mujeres. Me parece entender en estos gestos la convicción de haber nacido en un hogar humilde y haber logrado conquistar algo de ese mundo ancho y ajeno, pero sobre todo, la alegría de subrayar el placer que le deparaba el arte de vivir.

La verdad, mi idea de Óscar Collazos entonces era más la de un “escritor colombiano de izquierdas” que por azares de la vida había llegado a vivir a Barcelona, y ese clisé se quebró aquella tarde cuando se me impuso más la realidad de un hombre que apreciaba las virtudes de la buena vida: un bonito espacio donde leer y escribir; la buena comida y bebida; la rica conversación y la seducción como principios del placer.

2

Cuando conocí a Óscar, él ya llevaba cerca de ocho años viviendo en Barcelona, de tal manera que ya había atravesado las dificultades iniciales de todo acomodamiento a una nueva vida, en una nueva ciudad y en una nueva cultura. Había vencido ya los aprendizajes difíciles: la sobrevivencia, la extrañeza y la inevitable soledad de todo comienzo. Óscar ya era un hombre que se había casado y separado en esa ciudad, que tenía una hermosa hija, Laia, y que conocía los sitios y las personas que le brindaron trabajo —siempre en el mundo editorial— durante tantos años. Ya no era un mero sobreviviente; había alcanzado el estatus de ciudadano digno y con cierto reconocimiento. Y eso, en verdad, era mucho en esos años. Y en estos también.

Durante esos años, dieciocho en total —nunca vivió en ciudad alguna tanto tiempo—, escribió una buena parte de su obra: siete novelas y dos libros de cuentos. Cabría destacar algunos de ellos: *Los días de la paciencia* (1976), *Memoria compartida* (1978), *Todo o nada* (1979), *Jóvenes, pobres, amantes* (1983), *Tal como el fuego fatuo* (1986) y *Fugas* (1988). Y los libros de cuentos *A golpes* (1974) y *Biografía del desarraigo* (1976).

Desde 1962, año de publicación de su primer cuento en *El Espectador*, Collazos asumió la escritura con pasión y convicción. Era un escritor prolífico, y con certeza absoluta estaba orgulloso de ser escritor. El azar y el destino se fueron confabulando para convertirlo en un escritor. No hubiera podido ser cosa distinta: ni actor de teatro, que lo fue esporádicamente; ni dramaturgo, que lo fue eventualmente; ni líder político, nunca militó en partido alguno; ni Don Juan exclusivo, ni burócrata cultural, ni bailarín profesional (son inolvidables sus fusiones entre Antonio Gades, Mick Jagger y Benny Moré). A Óscar la literatura

se le atravesó desde su remota Bahía Solano y no lo abandonó hasta su minuto final.

3

Collazos siempre fue un hombre de suerte, aunque la suerte, como sabemos todos, hay que saberla buscar. Su origen humilde en Bahía Solano y su inicial formación de adolescente en las calles del puerto de Buenaventura marcaron sin duda su universo literario, pero fundamentalmente su mirada del mundo. La injusticia se le prendió a la retina y nunca dejó de tener una sensibilidad especial y un interés primordial por señalarla en sus múltiples rostros. Su obra da testimonio de ello.

Su primera juventud en Bogotá, Cali y Medellín fue afortunada: en Cali fue acogido e impulsado por Enrique Buenaventura. En Medellín por Manuel Mejía Vallejo y por otros jóvenes compinches de entonces, como Darío Ruíz Gómez y Elkin Restrepo. En Bogotá fue celebrado por el mismo García Márquez y Marta Traba.

En 1968 recibió una invitación para viajar a los países del este. Allí conoció en vivo y en directo el socialismo real. Moscú, Leningrado, Alemania Oriental y una Praga invadida por los tanques rusos le mostraron la otra cara de la “utopía”. A su regreso paró en París y estuvo varios meses contemplando el mayo francés. Un año después, y luego de regresar a Bogotá, fue invitado a reemplazar a Mario Benedetti en la dirección del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas. Allí permaneció hasta diciembre de 1970. En 1972, por decisión personal, viajó a Barcelona y allí compartió la agonía, muerte y celebración del deceso del dictador Franco. Allí reconfirmó su vocación de escritor y su buena estrella. Es difícil, si no imposible, encontrar a alguien que haya podido vivir tantos acontecimientos históricos centrales en la extensa y compleja aventura del siglo xx.

4

Fabrizio Ele es el protagonista picaresco de su novela *Fugas* (1988); en ella, Fabrizio brilla de manera especial por la profundidad de su voz, no en vano seduce en el escenario, en las calles y preferiblemente a las mujeres. Su voz grave, su dicción educada en el teatro, sus modulaciones controladas entre el dramatismo y la serenidad. El eco perfectamente medido. Así era la voz de Collazos.

Su origen humilde en Bahía Solano y su inicial formación de adolescente en las calles del puerto de Buenaventura marcaron sin duda su universo literario, pero fundamentalmente su mirada del mundo. La injusticia se le prendió a la retina y nunca dejó de tener una sensibilidad especial y un interés primordial por señalarla en sus múltiples rostros. Su obra da testimonio de ello.

Recuerdo una de tantas veces, en su apartamento de las Torres del Parque en Bogotá, hacia el año 1992. Les leía con pasión unos pasajes del *El amante* de Marguerite Duras a un par de hermosas jóvenes, ricas, amantes. Leía con la certeza de que, después de esa lectura, las jóvenes, entusiasmadas con su fama como escritor y ahora descreetadas por la sensualidad de su voz, caerían irremediablemente en sus brazos. Él también fue la “voz”.

5

Mi esposa y yo tuvimos la fortuna de conocer La Habana en la Semana Santa de 2014. Realizamos, un poco por azar y otra por decisión, el viaje con Óscar Collazos y su amada Jimena. Éramos, pues, dos parejas que, huyendo del recogimiento de la semana “mayor” colombiana, arribábamos a la bulliciosa capital del son. Por supuesto, las memorias eran distintas y por ello las expectativas. En mi caso, La Habana estaba definida por la lectura inicial de *Tres tristes tigres* de Cabrera Infante y más tarde por la *Trilogía sucia de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez, y más recientemente algunas novelas de Leonardo Padura. Es decir, mi idea de La Habana era pura literatura. En el caso de Óscar, sus recuerdos eran los años en que vivió en el Hotel Nacional de Cuba durante los años 1969 y 1970. Los años del idilio con la Revolución Cubana, los años en los que conoció a los escritores del boom, con Cortázar y Vargas Llosa y Gabo a la cabeza. En fin, años felices que después, al decir de Jesús Díaz, serían años difíciles.

Fuimos, como era de esperarse, a La Habana Vieja y a todos sus lugares comunes e inevitables. Tomamos mojito en La Bodeguita del Medio y daiquirí en El Floridita. Buscamos el son y no fue tan fácil hallarlo escondido bajo el tronar del reguetón. Óscar realizó algunas visitas necesarias para su memoria: Casa de las Américas, alguna furtiva conversación con Fernández Retamar, etc.

Y eso sí, fuimos todos a cenar con el querido, cariñoso, inteligente y generoso Senel Paz.

Algunas noches nos emborrachamos y escuchamos y reconfirmamos la innata vocación musical del cubano.

Fueron días felices. No obstante, a nuestro regreso, noté empañada la mirada de Óscar quizá por los tiempos idos; quizá, también, por el dolor evidente del fracaso, no el de él, hombre afortunado, sino el de un sueño que también fue suyo.

6

Días antes de su fallecimiento, recluido en la clínica, una falsa voz en los medios de comunicación lo dio por muerto. Óscar, apenas se enteró de la noticia, se divirtió mucho con esa muerte prematura y falaz. Rio y hasta se permitió bromear por Twitter. Recuerdo que inventó un tuit memorable haciendo referencia al pabellón famoso de Panamericana en la feria del libro: “Panamericana, el saldo que seremos”.

7

Conocer a Óscar Collazos, haber conversado con él durante más de treinta años, haber bebido y bailado, haber gozado de su impecable tortilla de patatas, de su disposición al humor y de su ejemplar disciplina y pasión por la literatura, ha sido para mí una experiencia vital. Le agradezco su amistad y su ejemplo que también me sirvieron para hacerme un escritor y un mejor ser humano. ■

Guido Tamayo (Colombia)

Comunicador social, gestor cultural, antólogo y escritor. Realizó estudios de doctorado en Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Barcelona y fue coordinador cultural de la Cámara Colombiana del Libro entre 1994 y 2004. Entre sus obras podemos encontrar los libros de cuentos *El retablo del reposo* (Educar, 1991) y *El biombo y otros cuentos* (Universidad del Valle, 2012), así como la novela *El inquilino*, merecedora del Premio Nacional de Novela Breve Universidad Javeriana 2011.